Ciudades hay sin número espaciosas,
Y palacios riquísimos en ellas:
Los altos templos de los dioses, dignos
De las deidades son que allí se alvergan.

Verás el Ilïon y las murallas
En que elevadas torres señorean,
Edificadas por el mismo Apolo
Al son divino de su lira egregia.

¿Qué te diré del número y la turba
De los varones que la Frigia encierra?
Apenas puede aquel dichoso suelo
Sostener á los hombres que lo pueblan.

Encontrarás crecidos escuadrones
De matronas troyanas por do quiera,
Y con trabajo abarcan nuestros átrios
La hermosa multitud de las doncellas.

Cuantas veces alegre y sorprendida
¡O cuán pobre, dirás, *es nuestra Grecia!*
Al ver que cada habitacion troyana
De una ciudad contiene la opulencia.

No quiero, ni me es lícito tampoco
Menospreciar á Esparta por pequeña;
Tú nacistes en ella, y esto basta
Para ser á mis ojos de gran cuenta.

Pero Esparta es pequeña, Esparta es pobre,
Y otra cosa mejor merece Helena;
Que á tan rara beldad como la tuya
No corresponde, no, region como esta.

Otros adornos, otros aparatos,
Que sin fin se renueven y sucedan,
Exige tu hermosura incomparable,
En que abunden delicias siempre nuevas.

Ya ves el rico adorno y los vestidos
Con que mis compañeros se aderezan,
Por él inferirás cual es el lujo
Que de Frigia las jóvenes ostentan.

No te muestres ¡ó Helena! inexorable,
Ni por esposo desdeñarme quieras,
Porque griega en la Grecia tú nacieses,
Y porque frigio en Frigia yo naciera.

Frigio era y de mi sangre Ganímedes,
Que en copa celestial el dulce nectar
Sirve ahora á los dioses soberanos,
Arrebatado á la celeste esfera.

De Frigia era Titon, á quien robára
Para su esposo la deidad risueña,
Que con alegres y rosadas luces
Las negras sombras de la noche ahuyenta.

Frigio era en fin Anquises, y la madre
De los amores, que en su torno vuelan,
No desdeñó ser suya, allá del Ida
En las alturas fértiles y amenas.

Ni pienso á la verdad que Menelao,
Con tal que juzgues imparcial y atenta,
Comparados los años y el aspecto,
A mi persona preferirse deba.

No hallarás en mi padre un feroz suegro
Que sirva humanos miembros en su mesa,
De quien se aparte el sol, y aun sus caballos
Huyan por no mirar la atroz escena.

Ni el padre de Priamo con la muerte
De su suegro sus manos ensangrienta,
O da á las aguas nombre de Mirtoas,
A un inocente sumergiendo en ellas.

Ni un Tántalo en la Estigia castigado
Encontrarás tampoco en mi ascendencia,
De cuyos labios van huyendo siempre
Las frutas y aguas que alcanzar anhela.

¿Pero qué importan ¡ay! estas infamias
Si á quien de ellas nació tu mano entregas,
Viéndose así forzado el mismo Jóve
A ser suegro de estirpe tan horrenda?

¡O inaudita maldad! El, siendo indigno,
De tu amable persona se apodera,
Y en quieta posesion entre tus brazos
Recoge tus caricias y finezas.

Y yo infelice solo alcanzo verte
El corto tiempo que en comer se emplea;
Tiempo en que á la verdad se ven arrojos
Que me ofenden y el alma me atraviesan.

Tales convites, cuales casi siempre
Mi pobre sufrimiento esperimenta,
Cuando en las copas se presenta el vino,
Solo á mis enemigos acontezcan:

Detesto el hospedage cuando ese hombre,
Sin mirar que mis ojos lo presencian,
La delicada y mórbida garganta
Con los ásperos brazos te rodea.

¡O que martirio! ¡qué penosa envidia
(Por no contarlo todo) me atormenta,
Si tus miembros abriga comedido
Con sus vestidos cuando á tí se allega!

Una vez que á mi vista sus cariños
Correspondió tu labio, con presteza
Interpuse una copa ante mis ojos,
Por no ver ¡ó tormento! tales muestras.

Cuando groseramente cariñoso
Entre sus brazos tu persona estrecha,
Bajo al suelo los ojos, y el bocado
Se atraganta en mi boca y me molesta.

¡Cuántas veces del hondo de mi pecho
Algun suspiro exhalo, y tú proterva,
En lugar de apiadarte, ni aun la risa
Que te ocasiona mi penar refrenas!

Mil veces de mi pecho enamorado
En el vino apagar quise la hoguera,
Pero encendióse mas, y con un fuego
Del otro mas y mas creció la fuerza.

Para no ver mil cosas que me ofenden
Mi vista ácia otra parte se pasea,
Mas luego, tu hermosura encantadora
Tras sí mis ojos y atencion se lleva.

No sé lo que he de hacer: ver lo que envidio
Por cierto que me duele y que me pesa,
Pero es mayor dolor y mayor ansia
Privarme de tus gracias y no verlas.

En cuanto alcanzo y puedo, lucho y trato
Ocultar el furor que me enagena;
Pero por mas que trate de encubrirse,
Siempre el amor por sí se manifiesta.

*

No miento en lo que digo, bien lo sabes
Pues mis heridas y mi amor penetras,
¡Y ojalá que tú fueras solamente
Quien mis locos amores conociera!

¡Ay! ¡cuántas veces cauto volví el rostro
Al ir á derramar lágrimas tiernas,
Porque acaso tu esposo no pregunte
La ocasion que me obliga asi á verterlas!

¡Cuántas veces, despues de haber gustado
El vino con que el bárbaro me obsequia,
Inventadas historias referia
De amor, fijando en tí la vista inquieta,

Para darte á entender bajo otro nombre
El no fingido amor que en mí encendieras!
Pues yo soy, si lo ignoras, el amante
De quien iba contando las ternezas.

Aun hice mas, pues para usar sin nota
En mis palabras de mayor licencia,
Fingí que con los tragos repetidos
La mente acalorado se me hubiera.

Acuérdome una vez, que desprendido
El cendal que te cubre con decencia,
Patentizó á mis ojos tu albo seno,
Dándoles para verlo franca puerta.

¡Tu seno muy mas blanco y mas hermoso
Que nieve no tocada y leche fresca,
Y mas que el blanco cisne en que mudado
Júpiter una vez sorprendió á Leda!

Mientras admiro absorto y suspendido
Aquel cúmulo raro de bellezas,
La copa que por suerte alzado habia
De la atónita mano se me suelta.

Cuando tal vez á tu hija tiernecita
Con maternal cariño ansiosa besas,
Yo mas ansioso de su tierna boca
Arrebato el halago que la hicieras.

Unas veces yaciendo recostado
De amor cantaba antiguas cantilenas;
Otras, mil señas amoroso hacia,
Para tí claras, si á otros encubiertas.

A tus dos compañeras, ó tus damas,
Que las primeras son, Climene y Etra,
Me dirigí con amistosas voces
Para que en mi pasion me socorrieran;

Mas ellas al instante presurosas,
Sin dar á mi anhelar otra respuesta,
Sino decir que temen, escaparon,
Dejándose mis súplicas á medias.

¡Hiciesen ¡ah! los dioses soberanos,
Que tú de alguna lid el premio fueras,
Y que pudiese el vencedor dichoso
Hacer de tí su dulce compañera!

Como alcanzó á Hipodamia victoriosa,
De Pélope en el carro la destreza,
O Cual en premio consiguió Hipomenes
A Atalanta vencida en la carrera;

O á la manera en fin que el fiero Alcides
Triunfante desarmó la dura testa
Al bicorne Aqueloo, siendo asi dueño,
De Deyanira y de su mano bella.

Si tú pues con iguales condiciones
Fueras del vencedor la recompensa,
Mayor mi audacia fuera, y tú verias
Que el premio en fin de mis afanes eras.

Mas ahora ¡ay Helena! suplicarte
Es el único arbitrio que me queda,
Y arrojarme á tus pies, si para hacerlo
A mi rendido amor le das licencia.

¡O de Castor y Polux honra y lustre!
¡O de tus dos hermanos gloria cierta!
¡O muger digna del excelso Jove,
Si del excelso Jove hija no fueras!

O he de volverme á los troyanos puertos
Siendo mi esposa la divina Helena,
O lejos de mi pátria y desterrado
Quedaré sepultado en esta tierra.

No es la que con su dardo hizo en mi pecho
El inflexible amor llaga ligera,
Que es mi herida amorosa muy profunda
Y hasta los mismos huesos me penetra.

Predíjome mi hermana que seria
De flecha celestial (bien se me acuerda)
Mi pecho traspasado. ¡Ay! ¡cuánto ha sido
En este vaticinio verdadera!

No pues desprecies ¡ay Helena hermosa!
Un amor que los hados encendieran:
¡Así los dioses fáciles y gratos
Cuanto á anhelar aciertes te concedan!

Mil cosas que decirte se me ocurren,
Mas para hablarnos juntos sin reserva,
Recíbeme en tu estancia, cuando oscura
La silenciosa noche el velo tienda.

¿Temes violar la fe del himeneo,
Y de acogerme á solas te avergüenzas?
¿O perjura ofender del lecho santo
Los derechos legítimos recelas?

¡Ah! que eres en verdad sobrado simple,
Por no decirte que eres indiscreta,
Si has podido pensar que sin delito
Puede estar una cara tan perfecta.

O es preciso que mudes ese rostro,
O es preciso que dejes la dureza,
Porque la castidad y la hermosura
O nunca ó raras veces se concuerdan.

De estas traiciones amorosas Jove
Y Venus hermosísima se alegran;
Y no me negarás que estas traiciones
Hicieron que aquel dios tu padre fuera.

Si las inclinaciones y costumbres,
De los padres, los hijos las heredan,
Hija siendo de Jove y Leda hermosa
¿Cómo, Helena, podrás ser siempre honesta?

Con todo, lo serás, si así lo quieres,
Cuando Troya mi pátria te posea;
Y todas tus traiciones en mí solo,
Yo te lo ruego, fin dichoso tengan.

Que si entrambos ahora delinquimos,
El lazo conyugal todo lo enmienda;
Si al menos para mí no han sido vanas
De la deidad de Chipre las promesas.

Si no con las palabras, con las obras
Esto mismo tu esposo te aconseja,
Pues para no estorbar las dichas mias
Y tus traiciones, próvido se ausenta.

No tuvo tiempo tu prudente esposo
Mas oportuno para ver á Creta:
¡Cuán admirable ¡ó bravo Menelao!
Es tu penetracion y tu cautela!

El se partió y al irse te decia:
„Helena adios: en mi lugar te queda.
„Mira que á Páris, el troyano huesped
„Al tuyo mi cuidado recomienda."

Pero tú, yo lo juro, los mandatos
De tu ausente marido poco aprecias,
Supuesto que á pesar de cuanto dijo
Ningun cuidado de tu huesped muestras.

¿Por ventura imaginas, que ese insulso,
Hombre sin corazon, apreciar sepa
De tus divinas gracias y hermosura
Todo el valor? te engañas si lo piensas.

Te engañas, sí; no sabe cuanto valgas,
Pues si el rico tesoro conociera
Que en tí, sin merecerlo, el necio tiene,
No lo fiára á manos estrangeras.

Aunque á corresponder el amor mio
Ni mis palabras, ni mi ardor te muevan,
Su indolencia y descuido imperdonables
A los dos á querernos nos estrechan.

¿O seremos tan necios que excedamos
Su misma estupidez y su indolencia,
Dejando así pasar inútilmente
El tiempo y la ocasion que él nos franquea?

El simple casi con sus mismas manos
En mí un amante tierno te presenta;
Aprovéchate pues, ya que es tan necio,
De su simplicidad é inadvertencia.

Yaces desamparada, triste y sola
En mísera viudez la noche entera,
Y yo desamparado, amante y triste
Yago solo tambien la noche eterna.

Permite pues que en la callada noche
Mutua conversacion nos entretenga;
Será, si lo concedes, mas que el dia
Tal noche para mí clara y serena.

Entonces por los númenes eternos
Te jurará mi fe cuanto apetezcas,
Y serán las palabras con que jure
Las que tú prescribieres á mi lengua.

Entonces yo, si acaso no me engaña,
La confianza, que en mi pecho reina,
Lograré persuadirte á que me sigas,
Y que á mi reino en fin, conmigo vengas.

Pero si te avergüenzas, si es que temes
Parecer fugitiva, y que se crea
Que á un hombre sigues; yo la culpa toda
Quiero, y sabré apropiarme, de tu ausencia.

La accion imitaré del gran Teseo,
De tus hermanos seguiré las huellas,
Cuyo ejemplo no puede ser mas propio
Para que tú á imitarlo te resuelvas.

Robóte á tí Teseo, y tus hermanos
A las dos de Leucipo hijas gemelas,
Y yo el cuarto seré de quien se cuente
En las historias semejante empresa.

De armas y de soldados guarnecida,
Mi flota por fortuna está dispuesta,
Y los remos y el viento por las ondas
Harán sin duda rápida la senda.

Serás entonces de la rica Troya
En las ciudades poderosa reina,
Y una nueva deidad te creerá el vulgo
Cuando á sus puertos arribar te vea.

Do quiera que tus pasos se dirijan
Verás como en tu honor perfumes queman,
Y mancharán las víctimas el suelo
Que en holocausto á tu deidad se ofrezcan.

Mi padre con mi madre y mis hermanos,
Mis hermanas tambien á competencia,
Y las troyanas y la Frigia toda
Te colmarán de dones placenteras.

Mas ¡ay! que de los bienes que te aguardan
Contar alguna parte puedo apenas,
Pues mucho mas tendrás cuando allí llegues
Que cuanto á referir mi carta acierta.

Ni acaso temas, porque vas robada,
Que nos han de seguir horribles guerras,
Ni que en pos de nosotros vengativa
Concitada la Grecia arme sus fuerzas.

Porque de tantas, que robadas fueron,
¿A quién ha reclamado la violencia?
Creeme, Helena: son vanos los temores
Que en estas ocasiones amedrentan.

Robóse á Oritia, la hija de Erecteo,
Boreas el rey de Tracia á guerra abierta,
Ni por eso sus reinos y provincias
Con guerras inundára el rey de Atenas.

Jason el de Tesalia, yendo á Colcos
En un nuevo bajel, robó á Medea,
Sin que por los de Colcos á Tesalia
De aquí se originase alguna ofensa.

Igualmente que á tí, robó Teseo
A Ariadna, de Minos heredera,
Mas no por ello Minos á las armas
A los suyos se ha visto que compela.

En tales ocasiones suele el miedo
Ser mayor que el peligro que se espera,
Y avergüenza despues haber temido
Lo que temer se imaginó prudencia.

Mas con todo, figúrate si quieres
Que se siga una guerra áspera y fiera;
Tambien se encuentran fuerzas en mi brazo,
Tambien hieren las armas que él maneja.

No es menos en riquezas poderosa
Mi pátria, Helena, que la pátria vuestra;
Riquísima en guerreros es el Asia,
Y en caballos abundan sus dehesas.

Ni mayor del Atrida Menelao
Ha de ser el valor, que el que se encierra
En el pecho de Páris; ni en las armas,
Ni en pericia tampoco me supera.

Casi niño era aún, y debelados
Los enemigos, recobró mi diestra
El ganado que astutos se robáran,
Y esta accion me dió el nombre que en mi ob-
(servas.
Casi niño era aún, y á los mancebos
En la lucha vencí veces diversas,
Entre los cuales uno es Ilioneo
Y otro Deifobo, máximos atletas.

Ni acaso, hermosa Helena, te imagines
Que solo soy temible estando cerca,
Que tambien á distancia, do yo quiero
Se fijan mis mortíferas saetas.

¿Puedes acaso á los primeros años
Atribuir del Atrida estas proezas?
¿O puedes adornarlo por ventura
En manejar el arco con mi ciencia?

¿Mas le darás un Hector por hermano,
Aun cuando todo en fin se lo concedas?
¿Un Hector esforzado que equivale
A un ejército él solo en fortaleza?

No sabes en verdad cuánto yo valga,
Ni mis fuerzas conoces cuanto puedan,
Ignorando cual es y ha sido siempre
De tu futuro esposo la excelencia.

O no serás, por tanto, reclamada
Con bélico aparato de la Grecia,
O si lo fueres vencerán los mios
A cuantos griegos á la lid se atrevan.

Y á gran dicha tendré tomar las armas
Por esposa tan alta y hechicera,
Que premio tan sublime y anhelado
Excita poderoso á la pelea.

Mas tú, si el orbe todo en armas puesto,
Divina Helena, en fin por tí contienda,
En la posteridad de las edades
Gran nombre adquirirás y fama eterna.

Sal pues de este palacio solamente,
Sal con feliz agüero, nada temas,
Y con seguridad exige luego
Cuanto te prometió mi fe sincera.